

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

ISSN 0254-8194

1988

Nº 13

S U M A R I O

	Pág.
Eflgie de Cáceres, por Jorge Basadre	3
Cáceres en Huamachuco, por Percy Cayo Córdova	5
Cáceres en Ayacucho, por Gamaniel Ruiz Cárdenas	8
Cáceres político, por Margarita Guerra Martinière	11
Documentos para la enseñanza de la Historia:	
Las memorias, por César Gutiérrez Muñoz	13
Andrés A. Cáceres: cronología biográfica, por Raúl Palacios Rodríguez	19
Una carta inédita de Cáceres	22

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero

Servicio de Cooperación con el Magisterio

EFIGIE DE CÁCERES

Cáceres comenzó teniendo en la guerra con Chile una actuación notable en la campaña del sur, en San Juan y en Miraflores. Su figura vino a ser un símbolo de una continuidad esencial en el valor y en la destreza de lo mejor del ejército peruano a través de esa serie inconexa y constante de infortunios. Sin amilanarse ante las horribles entrañas de la derrota, cuando tantos creían con lógica forense que todo estaba perdido, empezó la nueva pelea sin más compañía que su desasosegado corazón y unos pocos leales, con una sublime sencillez para el abandono de la comunidad y el regalo y una loca firmeza en el mantenimiento de la indómita voluntad de seguir en la brega. Se volvió así a enrolar como un recluta en las filas de la patria que ya no existían e hizo trepidar la cordillera cubriéndola de luz y de galopes y alguna vez los cascos de su caballo echaron polvo sobre Lima. El peligro es como una investidura y hay como una majestad en los que se han visto en el riesgo de morir. Cáceres las tuvo permanentemente. Para los azares de la lucha por él inventada a que se lanzó, era preciso saber juntar tropas, adiestrarlas, conducir las y volverlas a reunir; obtener hombres, dinero, fusiles, bayonetas, municiones, uniformes, acémilas, cuchillas, hondas, rejonos y piedras; velar por la salud y el fervor de cada soldado; informarse sobre las tropas enemigas, los espías, los tráfugas, los intrigantes, los envidiosos, los indiferentes y los buenos; traer a la lucha lo inesperado y lo increíble, medir de un ojeo el campo, tomar en cuenta en unos segundos el cerro, el barranco, la quebrada, el peñasco, el breñal, el tronco del árbol, el suelo; olfatear el aire; conocer muchas noches sin sueño y en delirio con las botas puestas y el arma vigilante; saber lo que se tarda en la marcha polvorienta para subir o bajar una cuesta y lo que se puede esconder en cualquier recodo; conocer el camino para el rodeo o para ganar los segundos; ver por el frente, por los flancos y por la espalda; tener la viveza para atender en el encuentro comprometido lo súbitos obstáculos; acorrallar, embestir, cargar por la retaguardia, retroceder, volver a atacar, nochejar en la silla, tragarse como en un vuelo de cóndores cerros, desfiladeros y abismos; aparecer como un resucitado después de la desgracia; tener siempre nuevos los ojos y no dejar escapar a la esperanza mientras se pone cada día el sol en el cielo impasible y cuando llega otra vez la luz fresca de la mañana. El solo hizo la tarea de muchos hombres. Fue como la proa de una nave que

camlnara aunque fuese mutilada. Los harapos de sus soldados brillaban como una bandera al sol. Parecía este puñado de hombres llevar la patria en brazos. Y hubo momentos en que pudo decirse que en el Perú no relucía oro de más quilates que la espada de Cáceres. ¡Cuántas veces tuvo seguramente que apoyarse en su caballo macilento, parado en los estribos de bronce, para no caerse de cansancio y de pena! Y sin embargo ante amigos y adversarios, pareció siempre listo en aquella contienda desmigajada e intermitente. Los chilenos no estaban preparados para ella y para sus operaciones de montaña y de guerrillas, de desgaste y de continuo movimiento. El honor del país y del ejército quedó salvado aunque no pudiera hacer más por la falta de apoyo y la desunión de los peruanos y la desorganización del país, hipnotizado primero por la falacia del apoyo norteamericano y escindido después cuando surgieron en el norte los partidarios de la paz a todo trance, cuando el ejército de Arequipa con sus 4,000 hombres se quedó sin prestar servicio alguno y cuando en la propia capital hubo quienes, como dice Cáceres en sus memorias, no querían la resistencia armada para salvar sus personas y sus bienes.

Sólo le faltó una cosa a Cáceres para su consagración que hubiese sido apoteósica: morir en Huamachuco. Al ser salvada su vida hubo en ella una trasmutación: el guerrero se volvió un caudillo. No fue él a la política sino ella lo buscó en su tienda de campaña. Pudo haber dicho: "Te defendí ¡oh, patria! en la hora de la necesidad y ahora vuelvo a mi hogar para aparecer otra vez en la brega sólo si te invaden de nuevo o cuando el pueblo tenga hambre y sed de justicia. Pelear es una cosa y gobernar otra". Pero el país necesitaba vivir por fin en unidad, en paz y en orden después de una pesadilla de seis años y Cáceres fue el mandatario sereno y sencillo que caminaba a pie por las calles de Lima y vestía levita negra mientras daba sombra a su rostro tostado no el fieltro veterano sino el tarro de unto. Pudo decir cuatro años más tarde y no dijo: "Te defendí ¡oh, patria! en tus horas de adversidad y hoy me retiro para dejar al pueblo que exprese su decisión y poner mi persona y mi prestigio a su servicio si ella es ahogada o violentada". Con las alas sangrientas de la libertad ni los héroes pueden fabricar riendas. Ningún edificio sólido se construye sobre bayonetas. Pero las vociferaciones y los cuchicheos y los esputos y los disparos y las serpentinadas y las guirnaldas y las embriagueces y las llagas de la política no borraron el recuerdo de la Breña; de la misma manera el lodo resbala sobre el granito.

Andrés A. Cáceres Dorregaray nació en Ayacucho el 4 de febrero de 1833 y falleció en Ancón (Lima) el 10 de octubre de 1923. La Asamblea Nacional, por ley N° 4009 de 10 de noviembre de 1919, le confirió el grado de Mariscal del Perú. El bastón correspondiente a esta jerarquía le fue entregado por el Presidente Augusto B. Leguía.

Jorge Basadre

CACERES EN HUAMACHUCO

*¡Oh patria mía!, no me maldigas
porque al chileno no lo vencí
Que bien quisiera haber perdido
la vida entera que te ofrecí*

Con estos versos, guitarra en mano, salía a recibir a Andrés A. Cáceres "un grupo de jóvenes", seis días más tarde de la gloriosa acción de Huamachuco.

En ellos querían manifestar todo el dolor que les debía embargar luego de la sangrienta acción en la que durante cinco horas habían enfrentado con valor singular al mejor armado y municionado enemigo, que desde la víspera de ese 10 de julio de 1883 había cañoneado con constancia las posiciones de los heroicos defensores del suelo patrio.

Es ya expresión consagrada que Huamachuco constituye la última acción significativa de la guerra adversa. Los hombres que en ella combatieron eran los legítimos émulos de los que habían frenado largas horas el desembarco enemigo en Pisagua el 2 de noviembre de 1879; de aquellos que derrotaron al poderoso invasor en la impar batalla de Tarapacá; los que habían sucumbido en Tacna y acompañado en el dolor y sacrificio a Bolognesi y sus hombres en el Morro irredento; los que junto a las milicias urbanas habían ofrecido fiera resistencia al invasor en las puertas de la capital; en fin los que en Sangrar, Pachía, Concepción, Pucará, Marcavalle y tantas acciones habían logrado despertar la desazón en el poderoso ejército chileno, cuya soberbia cada vez se empequeñecía ante la resistencia tenaz de quienes aparecían invencibles.

¿No se les había creído derrotados luego de Angamos? Caída Arica en poder araucano, ¿no se pensó en que concluía la guerra? Con mayor razón ¿no se concluyó igual razonamiento caída la capital? Y desde entonces habían transcurrido dos y medio años y aún estos hombres no aceptaban la derrota. ¡Qué distante quedaba ese abril de cuatro años antes y aún estos tercos hombres, escasamente armados y desprovistos prácticamente de todo, seguían peleando!

Allí está la mayor gloria de don Andrés Avelino Cáceres. Nunca ejército con tal suma de precariedades había dado muestra de tal espíritu de resistencia y ánimo invicto, a pesar de tanta adversidad.

El Cuartel General chileno veía con desazón el desánimo de sus propios hombres ante tal adversario. Se había tomado las mayores precauciones para evitar las desercciones en ese ejército que, apareciendo vencedor, se hallaba en buena parte aniquilado moralmente por la constatación de la terca resistencia de los defensores. Ni las grandes represalias luego de Concepción o San Pablo habían disminuido el heroísmo del hombre peruano.

No se podía prolongar más el desenlace; había que alcanzar y derrotar definitivamente al Brujo de los Andes. ¡Nunca lo lograrían!

"Reitero a VS —decía Patricio Lynch al coronel Marco Arriagada— mi recomendación constante e invariable de que persiga, sin que le detenga obstáculo ni dificultad, a Cáceres y sus fuerzas hasta Huaraz y más allá aún, no deteniéndose sino al encontrar a nuestra División del Norte, que por aquella parte acosa también al enemigo (1*) ¡Qué fácil resultaba impartir tales órdenes! ¿Sin que obstáculo ni dificultad los detuviera? ¿Olvidaba que tenían que enfrentar a los hombres con mayor espíritu de sacrificio que haya visto la América en sus constantes luchas?

Nuevas órdenes de Lynch, esta vez al coronel Alejandro Gorostaga, días antes de la batalla, le instruían: "Ninguna razón de clima, mala estación, ni dificultades de camino será aceptada por este Cuartel General, ni como atenuación ni menos justificativo de cualquiera paralización en los movimientos de VS" (2).

Así se llega a la acción de Huamachuco, en las serranías del departamento de La Libertad, en la tierra que meció la cuna de uno de los gestores de nuestra República: José Faustino Sánchez Carrión. Y ahora, desde la perspectiva que da el tiempo, qué equivocado lo encontramos en sus cartas del Solitario de Sayán cuando habló de la blandura de carácter del peruano. Allí mismo, donde vio la luz primera, medio siglo más tarde daban testimonio irrecusable de su carácter indomable.

Todo se presentaba en contra. La Historia serena y desapasionada debe reconocer que el triunfo aparecía como imposible. Se podría resistir, infligir el mayor daño al enemigo, pero derrotarlo resultaba utópico. Aunque el esfuerzo fue mayúsculo y la iniciativa de la acción la tuvieron

(*) Las notas 1, 2 y 3 corresponden a la Segunda Memoria que el Vice-Almirante D. Patricio Lynch Jeneral en Jefe del Ejército de operaciones en el Norte del Perú presenta al Supremo Gobierno de Chile. Lima, Imprenta de la Merced, 1884, páginas 291, 283 y 66.

durante la mayor parte de la batalla las tropas peruanas, las bajas enemigas sólo alcanzarían a 56 muertos (3). Cuando el enemigo observó que la munición se había agotado en el sector peruano, la reacción soberbia adquirió características dantescas.

Pero allí quedaba una vez más el testimonio preclaro del valor indomable del **hombre peruano**. Y esa es la suprema lección de Cáceres. Esa es la gloria, a pesar de la derrota, que nos lega Huamachuco. Y aun con el dolor de aquel día, el preclaro soldado ayacuchano no se sentiría vencido y emprendiendo la indispensable retirada se aprestó a reunir nuevos contingentes. Gracias a Cáceres se puede decir con orgullo legítimo y sin vana arrogancia que jamás cesó la resistencia peruana. Que donde anduvo Cáceres aun en veces con escasos seguidores, allí brillaba, aunque como tenue lampo de luz, la Patria soberana por la que habían peleado tantos héroes a los cuales también podrían haber dedicado el mismo "grupo de jóvenes", al que hacíamos referencia al inicio de estas líneas, los mismos versos que le dedicó entonces al **Talta Cáceres**:

*"Cuando el peruano pelea y pierde
No desespera de la victoria,
porque en coraje crece y se enciende
y en nueva empresa verá la gloria"*

Percy Cayo Córdova

La juventud debe reflexionar sobre los nocivos efectos que en el desenlace de la contienda tuvo la falta de unidad nacional. Y aunque hoy no afrontamos un conflicto internacional como hace cien años, debe meditar seriamente sobre la influencia deletérea que en la actualidad puede ejercer la preeminencia de los intereses particulares sobre aquellos de los cuales depende el bienestar y la seguridad de todos los peruanos.

ALBERTO TAURO DEL PINO

(Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú,
Reflexiones sobre la Resistencia de la Breña, Lima, 1982).

CACERES EN AYACUCHO

Figura estelar de la Guerra con Chile desde los primeros días, es el hombre que simboliza con caracteres inmarcesibles todo el largo y penoso episodio a través de su indestructible patriotismo a toda prueba y su valor llevado hasta el sacrificio. Todavía no se ha hallado el documento que acredite su nacimiento a pesar de las delicadas pesquisas; pero existen fundadas esperanzas para el pronto esclarecimiento.

Sus padres: Domingo Cáceres Oré y Justa Dorregaray. Su abuelo Tadeo Cáceres era español de nacimiento. Se decía que su madre tenía sangre real como que descendía del Inca Huayna Capac y por tanto pariente de Catalina Huanca. Contrajo matrimonio con doña Antonia Moreno Leiva. Tuvo 3 hijas: Hortensia, Zoila Aurora (*Evangelina*) y Rosita. Un niño que murió.

Estudiante del colegio *San Ramón* de Ayacucho, ingresó al ejército de Angel Caveró, castillista que en 1854 se plegó a la revolución. Estuvo presente cuando Ramón Castilla deroga el tributo indígena el 5 de julio de 1854 en Ayacucho. Ese mismo año, el general Fermín del Castillo le entrega el despacho de subteniente. Así inicia su carrera fulgurante de militar en el batallón "Ayacucho". El 5 de enero de 1855 pelea en la batalla de La Palma, en que Castilla vence al general Echenique. Cuando el general Vivanco se subleva en 1857 en Arequipa, entonces Castilla encarga a Cáceres comande el ejército; asiste a la batalla de Yumina (29 de julio de 1857). Después de ocho meses de sitio procede al asalto de la ciudad y tras dos días de sangrienta lucha cae Vivanco y se rinde la ciudad. Allí sale herido del ojo izquierdo. Su ascenso es rápido: en 1857 a teniente; en el mismo año a capitán. Pelea en la guerra con el Ecuador y ocupa Guayaquil. Al año siguiente Castilla lo envía a Europa como adjunto militar a la Legación de Francia y aprovecha para hacerse curar del ojo. A su retorno al país es destinado al batallón "Pichincha". Protesta ante el humillante tratado Vivanco-Pareja y es desterrado a Chile por Pezet, pero huye y se incorpora con el ardor del patriotismo a las fuerzas del general Mariano I. Prado en 1865 y es ascendido a teniente coronel y con tal clase asiste al memorable Combate del Dos de Mayo del Callao como jefe del fuerte "Ayacucho", poniendo a prueba su arrojo y valentía.

Cuando Prado es derrocado, renuncia al ejército y se dedica por cerca de cuatro años a las faenas agrícolas. Pero cuando Manuel Pardo

asume el mando supremo en 1872, Cáceres es llamado a filas y se hace cargo como segundo jefe del glorioso batallón "Zepita", famoso y heroico batallón que su jefe llevará al pináculo de la gloria. Su temple de valiente y aguerrido soldado nuevamente lo pone a prueba cuando el batallón "Zepita" se insurrecciona al mando de un sargento en el cuartel Santa Catalina. Revólver en mano y con peligro de su vida hace frente al osado subalterno y domina presto a los facciosos, matando al cabecilla. Cuando llega el presidente Pardo de Chorrillos en un tren extraordinario, halló al batallón formado en el patio y dominado por el valeroso comandante. Actitud viril que no lo abandonará.

Al declararse la Guerra con Chile lo encontramos de prefecto en el Cuzco y con el grado de coronel. Es el primero en sentir la vibración patriótica de su alma. Y así acude con su famoso batallón "Zepita" a cumplir con su deber sagrado y el 2 de abril de 1879 ya está en el teatro de operaciones. Su ardor bélico es incontenible y su coraje impresionante. Participa en la batalla de San Francisco el 19 de noviembre de 1879. Después del desastre pasa a Tarapacá; allí merced a su capacidad de genial estratega se cubre de gloria venciendo a los chilenos con sus invencibles soldados de su histórico batallón "Zepita" y "Dos de Mayo", formados por ayacuchanos y cuzqueños. Después del triunfo fugaz, Cáceres se dirige al campo de batalla del Alto de la Alianza y allí lucha como jefe de la II División juntamente con el héroe coronel Víctor Fajardo el 26 de mayo de 1880. Aquí pierde a su gran amigo y paisano y en Tarapacá había muerto su hermano el capitán Juan Cáceres.

Posteriormente vendrán la Campaña de Lima y las sangrientas batallas de San Juan y Miraflores el 13 y el 15 de enero de 1881, respectivamente. Allí en Chorrillos, Cáceres pide a Piérola 4,000 soldados para acabar con el enemigo que en estado de ebriedad se entrega a toda clase de excesos y desmanes; pero el Dictador vacila y le niega la oportunidad brillante de batirlos. Herido de la pierna derecha escapa a la Iglesia de San Pedro. Y de allí sigilosamente parte hacia la sierra a emprender la cruenta Campaña de la Breña, demostrando su extraordinario patriotismo, su espíritu de lucha y su invencible voluntad de arrojar al enemigo.

Vence al enemigo en los memorables combates de Pucará, Marcavalle y Concepción el 9 de julio de 1882. Después de estas acciones triunfales parte a Ayacucho en procura de refuerzos, pero en el camino de Julcamarca, el 18 de febrero, le sorprende una furiosa tempestad de lluvia, granizo, viento y lodo, convirtiendo el camino en charco impenetrable, donde perecen más de la mitad de sus efectivos. De 800 hombres solamente llegaron aproximadamente 400 soldados a la plaza del pueblo; pero el genio indomable y apasionado de Cáceres levanta los ánimos y arriba a Ayacucho el 22 de febrero, y empeña una feroz batalla en el cercano cerro Acuchimay con el coronel Arnaldo Panizo, pierolista que en horas aciagas para la patria se rebela contra su jefe; nuevamente Cáceres demuestra su genio militar y fácilmente doblega a

su ocasional enemigo. A su lado pelean Luis Carranza, José Salvador Cavero, Manuel Fernando Galván. Ingresa a la imponente Plaza de Armas en medio de vítores del inmenso gentío que celebra jubilosamente el feliz acontecimiento. El pueblo lo rodea y miles ofrecen sus servicios. De febrero a junio, Cáceres reúne 3,000 hombres uniformados (es el "milagro") y armados. En Huanta organiza las famosas montoneras al mando del coronel y diputado Miguel Lazón, que tendrá destacada actuación cuando en setiembre de 1883 llegue el coronel chileno Martiñano Urriola con 1,500 hombres en persecución de Cáceres.

Incansable vuelve a la brega con más fervor. Regresa al Valle del Mantaro por Huancavelica y ocupa Izcuchaca. Nuevamente en Marcavalle y Pucará (segundo) el 9 de julio de 1882 abate a las fuerzas enemigas. El mismo día 9 de julio en Concepción son batidos 77 araucanos donde mueren 4 oficiales y entre ellos el capitán Ignacio Carrera Pinto, nada menos que el sobrino carnal del presidente chileno Aníbal Pinto.

Pasan los meses raudos. Prepara su tropa nuevamente con mayores contingentes. Se dirige al norte y después de vencer el terrible paso de Llanganuco llega a Huamachuco y allí el 10 de julio de 1883, por falta de municiones, es destrozado su ejército. Pero su fervor patriótico se mantiene incólume, prosigue la lucha invencible y tenaz. Dirá en una comunicación "el ejército de mi mando sucumbió valerosamente. ¡El desastre sufrido, lejos de abatir mi espíritu ha avivado, si cabe, el fuego de mi entusiasmo!" Palabras que la Historia del Perú debe acoger entre las más bellas que sus páginas pueden registrar, según el eminente historiador Jorge Basadre.

Después prosiguió su marcha hacia Ayacucho. Cáceres desplegó una inusitada actividad junto con sus paisanos; especialmente en Huanta; aquí la población tenía una fe grande, una esperanza ilimitada y una decisión inquebrantable de lucha. La lealtad, la abnegación y el espíritu de lucha fueron las características singulares. El coronel Urriola con 1,554 hombres llegó a Huanta el 27 de setiembre de 1883 en seguimiento de Cáceres. Entonces los montoneros con sus jefes hicieron prodigios de valor en Huarpa, Iscutacucc, Luricocha, causándoles grandes bajas a los enemigos. Miguel Lazón y Mariano Sosa Lozano fueron los artífices de estos ataques. Urriola permaneció en Ayacucho 40 días y lo abandonó el 12 de noviembre. A su paso por Huanta nuevamente fueron ferozmente acosados en Huayhuas y puente Mayoc, sufriendo muchas pérdidas. Ante esta acción valerosa Cáceres felicitó a los valientes huantinos con elocuentes oficios.

Al final, después de dos años y seis meses de campaña incesante y sangrienta, se retira sabedor del Tratado de Paz en Ancón firmado en Lima el 20 de octubre de 1883. Falleció en Ancón el 10 de octubre de 1923. Su recuerdo perdura. Su hondo y vibrante patriotismo es paradigma para las nuevas generaciones.

Gamaniel Ruiz Cárdenas

CACERES POLITICO

“¿Cáceres debió morir en Huamachuco?” Esta frase afirmativa, dicha por González Prada y corroborada por Basadre, para nosotros debe ir como interrogación. Hay aquí una situación que no puede ignorarse y es la siguiente: la que se presenta debido a la firma del tratado de Ancón y a la lenta desocupación del país por el ejército chileno.

¿Qué hubiera pasado en el Perú de 1884 sin Cáceres? La respuesta corresponde a lo que pudo ser, pero creemos que en esos días el Perú más que un político necesitaba un símbolo del patriotismo frente al trauma de la guerra y Cáceres lo encarnaba. No era el triunfador en grandes batallas, pero sí quien había conseguido casi las únicas que ganamos en tierra. Fue quien mantuvo las últimas esperanzas en una defensa heroica. Para los años siguientes, sin embargo, su figura pierde brillo porque su actuación se da en un terreno para él desconocido: la política.

Cáceres no fue un ideólogo, ni un estadista, aunque formó un partido que tuvo cierta beligerancia hasta 1919, es decir hasta pocos años antes de su muerte (1923). Su partido, el *Constitucional*, corresponde a la etapa que Basadre considera como la del *segundo militarismo*: el que se presenta luego de una derrota y la consigna tácita que lleva Cáceres es reivindicar al ejército en el ejercicio gubernamental, a fin de restañar las heridas de la guerra; pero para dicha obligación poseyó menos dotes de las necesarias para 1884, aunque más de las que se podría esperar de un hombre de cuartel de esos años. Su pecado, como lo sería luego el de Piérola, el de Leguía y el de otros, fue no retirarse a tiempo del primer plano de la política nacional, al terminar su primer gobierno en 1890, y pasar a servir sólo de apoyo a las nuevas figuras como lo realizó en el siglo XX, cuando llegó a presidir las reuniones para la unión de partidos.

El partido Constitucional fue, como muchos otros, antes de llegar a la década de los años 30, la reunión de un grupo de amigos y simpatizantes en torno a un caudillo, pero destinado a desaparecer en el momento en que éste se retirase de la política o dejara de existir. De aquí, una de las razones de su gran antagonismo con sus rivales, los demócratas, con cuyo caudillo, Nicolás de Piérola, la oposición venía del tiempo de la resistencia (1882).

Creemos que estos partidos juegan un papel en el devenir político del Perú de la postguerra porque, en el fondo, aparte del personalismo de los jefes, hubo políticos civiles de indudable prestigio que los acompañaron. Cáceres y Piérola completan el marco político peruano de los años que corren entre 1884 y 1900.

Al lado del militarismo durante el primer gobierno de Cáceres estuvieron los civilistas, entre quienes destacan por su colaboración, Aurelio Denegri, el cual prepara el encumbramiento del caudillo en 1886 y llega a presidir el consejo de ministros en 1888; Francisco Rosas y Francisco García Calderón, quienes asumen la defensa de uno de los puntos más críticos del gobierno de Cáceres, es decir, del contrato Grace (sobre el pago de la deuda inglesa). Otros civiles que están al lado del caudillo son Manuel Irigoyen, Carlos M. Elías y Pedro Alejandro del Solar. Entre los militares que lo apoyaron durante su gobierno figuraron Justiniano Borgoño, Rufino Torrico y Guillermo Ferreyros. Todos miembros del gabinete ministerial en diferentes oportunidades. A ellos se agregaron Félix Cipriano Coronel Zegarra y Eulogio Delgado.

Al término de su mandato Cáceres deja el paso a otro militar, Remigio Morales Bermúdez, quien muere casi al término de su mandato y allí vuelve a postular el "héroe de la Breña", pero ya los ecos de la resistencia se van apagando y si bien consigue llegar al poder, desde el comienzo se advierte la gran diferencia que hay entre el apoyo recibido en 1886 y la actitud mayoritaria en 1895, lo cual permite que su rival, Piérola, pueda dirigir las montoneras que terminen con la renuncia del mandatario militar. Este podríamos decir que fue el fin de Cáceres político.

El partido Constitucional no muere todavía, pero su actuación posterior es bastante limitada. Ya no podrá aspirar a la presidencia y para poder tener acceso al parlamento tendrá que aliarse nuevamente con el Civilismo. El caudillo se ausenta del país y entre 1905 y 1915 desempeña cargos diplomáticos, primero como plenipotenciario del Perú en Italia (1905-1911), luego en el Imperio Alemán, y más tarde como embajador especial para el centenario de las Cortes de Cádiz (1912).

En 1915 regresa Cáceres y al estar en vísperas de elecciones se le invita a presidir una convención de partidos (28 de marzo) que reúne al Constitucional, al Civil y al Liberal y se acuerda designar como candidato a José Pardo. Más tarde se produce el distanciamiento de los coaligados y el general de la Breña da su apoyo a la revolución de Leguía, lo cual contribuye a afirmar el prestigio del régimen que se inicia.

El 10 de noviembre de 1919 el nuevo gobierno asciende a Cáceres a Gran Mariscal, honor que resultaba la justa retribución a los méritos conseguidos en la Guerra con Chile y que marcan el ocaso definitivo del héroe. Fue su última distinción. Murió el 10 de octubre de 1923.

Margarita Guerra Martinière

DOCUMENTOS PARA LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Las memorias

1. Introducción

Muchos hechos del pasado son mejor conocidos o, si se quiere, conocidos desde otro punto de vista gracias al tratamiento que se les da en las *memorias* de sus actores o de sus testigos. Surge así una versión de lo que se cuenta en ese tipo de relato, generalmente autobiográfico; no la versión única y definitiva del suceso, circunstancia que recomienda la prudente y cuidadosa lectura del texto. Esa característica de las *memorias* tiene su origen en un rasgo típico de la naturaleza humana: su posición parcializada frente a las cosas. Nadie es totalmente neutral, el hombre siempre toma partido, delineando con su impronta cualquier obra que produzca. Las *memorias* no escapan a esa regla fatal, pues reflejan con distinto grado de exactitud la manera de ser del autor y de decir la verdad, su verdad.

Las *memorias* (útese el plural para no confundirlas con *memoria*, que es un documento más burocrático que literario) narran la experiencia vital de su autor. Algunas abarcan gran parte de su vida y otras se refieren tan sólo a una etapa de ella. A menudo están redactadas en lenguaje coloquial, aunque esto dependa de la capacidad expositiva de quien las escribe. Por razones de buen gusto, se prefiere el *nosotros* al *yo*, mas es correcto emplear cualquiera de las dos formas. Respecto del título, hay autores que incluyen el término *memorias* en él, otros que lo colocan en segundo plano y unos terceros que lo eliminan. Veamos algunos ejemplos peruanos del último caso. Víctor Andrés Belaunde (Arequipa, 1883 - Nueva York, 1966) las llamó *Trayectoria y destino*, Luis Alberto Sánchez (Lima, 1900), *Testimonio personal*, y Jorge Basadre (Tacna, 1903 - Lima, 1980), *La vida y la historia*. Pueden ser autógrafas o heterógrafas, según las escriba el mismo protagonista u otra persona a su encargo. Sea como fuere, se basan esencialmente en el recuerdo personal del autor, quien para precisar datos o detalles opta por recurrir a fuentes paralelas como anotaciones, documentos, publicaciones, etc. Tienen todas un tono confesional, a veces muy solemne, a veces muy festivo, y todas, unas más, otras me-

nos, exhalan algún tipo de sinceridad. ¿Sinceridad? Bueno, sólo Dios sabe de qué sinceridad se trata. Es natural que las *memorias* busquen perpetuar el aspecto positivo, el lado más favorable de la biografía del gestor, afán que lleva a éste a ratificar o rectificar posturas, hechos, famas. No es raro entonces que susciten entre los involucrados (inocentes y culpables) odios y amores, aceptaciones y rechazos, réplicas y hasta dúplicas, orgullos y vergüenzas. Todo, todo lo que del hombre y en el hombre puede suscitarse.

A diferencia de la sequedad administrativa de los documentos oficiales, las *memorias* salvan algo (a veces mucho) del espíritu del tiempo a que se refieren, permitiendo, por ello, la cálida evocación del período estudiado. No sólo traen cosas, descripciones, acontecimientos. **Tampoco se limitan al relato frío y meticuloso de lo que en páginas más o en páginas menos quieren o pueden expresar.** Sino en todo ese bagaje informativo va impregnado cierto sabor de época. No les falta razón a quienes dicen y sostienen que las *memorias* transmiten, también, además, el alma de sus escritores.

Los tres siguientes párrafos nos ayudarán a comprender mejor la importancia de este género histórico.



2. Ejemplos

I

De Tarapacá a Arica

"Nuestro glorioso triunfo de Tarapacá, si bien contribuyó a levantar la moral de nuestras tropas y poner a salvo el honor de nuestra bandera, no tuvo, por desgracia, poder suficiente para modificar la situación estratégica creada por el desastre de San Francisco. La condición aislada en que nos encontrábamos en el campo mismo de nuestra victoria, no fue propicia para permanecer en él más tiempo y tuvimos que reseguir la marcha en pos de la base Arica-Tacna, donde nuestra presencia era necesaria; y allá partimos la misma noche del 27 de noviembre.

Sin elementos de transporte para llevar los cañones tomados al enemigo, tuvimos que enterrarlos en la arena, según dijimos antes, con el propósito de poder utilizarlos más tarde. Sin medios ni facilidades para llevarnos los heridos, nos vimos en la penosa necesidad de dejar gran número de ellos en Tarapacá, encomendados a los sentimientos caritativos de los pobladores. Sin municiones ni víveres, sin vestuario, y hasta sin fuerzas físicas, agobiados por el hambre y la sed y sopor-tando toda clase de privaciones y fatigas, emprendimos la marcha por la falda de la cordillera, con la amenaza constante de ver cortada nuestra retirada por las numerosas y bien provistas fuerzas del enemigo, estacionadas en San Francisco y Dolores. A esto había que agregar las dificultades que se presentaban en la marcha para el transporte de algunos heridos graves, y el gran número de hombres, mujeres y niños que seguían al ejército, temerosos de las represalias de los chilenos por la derrota sufrida en Tarapacá. Así, pues, los pocos caballos y mulas de que disponíamos iban quedando rezagados a lo largo del camino, imposibilitados para continuar la marcha" (p. 42-43).

II

De Lima a Jauja

"Como dejo dicho, a raíz del desastre de Miraflores, surgió en mí la idea de Internarme en la sierra y continuar la resistencia contra el invasor, pues pensaba que, aprovechando las condiciones defensivas que ofrecía la región, era factible una resistencia pertinaz que obligaría al enemigo a malgastar sus energías y a moderar sus ambiciones, teniéndole a raya en la zona de la costa que ya ocupaba.

Acariciando esta idea y con la firme determinación de inculcarla en todos los que estaban aún dispuestos a hacer mayores sacrificios por la patria, mi único deseo era salir de Lima y encaminarme hacia el interior, a fin de poner en práctica mi proyecto de organizar la resistencia armada. Y como sabía del viaje del dictador al centro, aumentaba mi confianza de que apoyaría mi propósito.

Apenas cicatrizada mi herida, el 15 de abril de 1881, muy temprano y tomando las debidas precauciones para no ser reconocido, abandoné mi domicilio y me dirigí a la estación de Viterbo, cercana a mi casa, acompañado del capitán José Miguel Pérez, embarcándonos seguidamente en el tren de la sierra" (p. 95).

III

Entrada del Ejército del Centro en Ayacucho

"La entrada del ejército del centro en la histórica ciudad de Ayacucho (mi ciudad natal), fue imponente y triunfal; todo el pueblo lo recibió con grandes ovaciones. Al desfilar por las calles, los habitantes advertían con asombro y satisfacción que nuestras tropas eran cuatro veces inferiores en número a las sediciosas vencidas" (p. 152).

3. Comentario

Andrés A. Cáceres no escribió personalmente sus memorias, sino a pedido suyo las redactó su secretario Julio César Guerrero Villanueva (Cajamarca, 1887 - Pacasmayo, 1976). Los textos seleccionados y ofrecidos en el punto anterior han sido tomados de la segunda edición publicada en Lima bajo el título *La guerra del 79: sus campañas (memorias)* (Editor Carlos Milla Batres, 1973, XIV p., 294 p.).

Por su sentido aclaratorio y orientador, es conveniente leer antes el prólogo a la primera edición (Berlín, 1924) de José R. García Díaz y la introducción de Guerrero a la segunda ya mencionada. Ambos autores, cada cual a su manera y a su turno, explican el origen, la elaboración y el contenido del libro que, según uno de ellos, "...reúne el doble interés del asunto y del hombre".

En efecto, García Díaz dilucida la paternidad de la obra con los siguientes argumentos: "*Las Memorias de Cáceres vienen a constituir una autobiografía militar del mariscal. ¿Autobiografía? ¿No será biografía más bien? La parte que el comandante Julio C. Guerrero ha tenido en la redacción y ordenación de las Memorias es tan grande que, sin vacilar, las diríamos biografía. Mas el espíritu de Cáceres las anima;*

la prodigiosa memoria del caudillo las dicta, y la adhesión y el entrañable cariño del comandante hacia su jefe le permiten una compenetración tal, que si el que escribe es Guerrero, el que habla es Cáceres. Por eso son autobiografía. Al final repite que ...la mano de Guerrero sirve de portavoz a la palabra de Cáceres".

Por su lado, Guerrero pone en evidencia el estrecho vínculo que le unía al gran ayacuchano:

"El mariscal Cáceres fue para mí como un padre espiritual y como fiel discípulo suyo, estuve algún tiempo a su lado. Escuché de sus labios la narración vibrante, nítida de su larga faena consagrada totalmente al servicio de la patria.

Por tanto, oí cuanto se relacionaba con esta zona cronológica de su actividad militar, y construí sobre sus relatos y manuscritos este libro de sus Memorias, que el ilustre caudillo no llegó ya a verlo publicado, como fuera la obsesión postrera de su vida. Pero sí tuvo la satisfacción de ver terminada la redacción de la obra y de revisar él mismo los originales".

"En las Memorias del mariscal Cáceres —dice Guerrero— salen a luz por primera vez (como lo anotara ya un comentarista) acontecimientos hasta ahora desconocidos, así como se esclarecen otros artificioamente situados dentro del marco histórico de nuestra contienda armada con Chile". La información, distribuida en partes y capítulos, concierne a las causas de la guerra, a la campaña de la resistencia de la Breña (abril de 1881 - octubre de 1883) y a la guerra civil (octubre de 1883 - junio de 1886). Varios croquis, mapas y planos, dibujados por Luis Hoyos Salazar, y cuatro fotografías (individuales y en grupo) del *Brujo de los Andes* enriquecen la edición.

Algunos estudiosos han advertido la singularidad de las memorias de Cáceres. Y no han exagerado cuando recomendaban (como también lo hacemos nosotros) una lectura cuidadosa de su amplio y apasionante contenido, el que, sin duda, brinda al profesor de Historia muchas posibilidades de trabajo en clase, utilizándolo siempre, como queda dicho, con la debida medida.

César Gutiérrez Muñoz

ANDRES A. CACERES

CRÓNLOGIA BIOGRAFICA*

- 1833 febrero 4 : Nace en la ciudad de Ayacucho.
1854 junio : Ingresa al Ejército en la clase de Alférez (cuando Castilla pasa por Ayacucho en su revolución contra el gobierno de Echenique).
1855 enero 5 : Interviene en la batalla de La Palma.
1855 abril 14 : Recibe el grado de Subteniente.
1857 enero 26 : Es ascendido a Teniente graduado.
1857 marzo 18 : Asciende a Teniente efectivo.
1857 junio 14 : Es Capitán graduado.
1857 julio 29 : Participa en la batalla de Yumina.
1858 enero 13 : Toma parte en la batalla de Bellavista.
1858 marzo 6 y 7 : Participa en el asalto de Arequipa.
1858 setiembre 25 : Es ascendido a Capitán efectivo.
1863 diciembre 1 : Es Sargento Mayor graduado.
1865 abril 2 : Asciende a Sargento Mayor efectivo.
1865 abril 6 : Obtiene el grado de Teniente Coronel graduado.
1866 mayo 2 : Participa en el Combate de este día como tercer jefe de regimiento (batería *Ayacucho*).
1872 julio : Se opone a la dictadura de los hermanos Gutiérrez.
1872 noviembre 8 : Es ascendido a Teniente Coronel efectivo.
1874 : Sofoca el levantamiento del batallón *Zepita*.
1875 enero 18 : Es Coronel graduado.
1879 noviembre 19 : Presente en la batalla de San Francisco.
1879 noviembre 27 : Participa con arrojo e inteligencia en la batalla de Tarapacá, inclinando decididamente la acción.
1880 mayo 26 : Presente en la batalla de Tacna.

* Sin mayor pretensión que la de un derrotero biográfico —a manera de ayuda didáctica— la presente relación delinea los hechos más significativos del ilustre defensor de nuestra soberanía en los años trágicos de la guerra.

- | | | | | |
|------|-----------|----|---|--|
| 1880 | octubre | 20 | : | Ascendido a Coronel efectivo. |
| 1881 | enero | 13 | : | Participa en la batalla de San Juan. |
| 1881 | enero | 15 | : | Interviene en la batalla de Miraflores, donde es herido en una pierna. |
| 1881 | enero | 17 | : | Es ocultado durante algunos días por los Padres Jesuitas en San Pedro de Lima. |
| 1881 | abril | 15 | : | Restablecido de su herida, se interna en la Sierra (tomando el tren) para formar el ejército de la resistencia. |
| 1881 | abril | 18 | : | Se establece en Jauja. |
| 1881 | abril | 23 | : | Se entrevista con el Presidente Nicolás de Piérola en Jauja. |
| 1881 | abril | 26 | : | Es nombrado por Piérola Jefe Superior, Político y Militar de los departamentos del Centro. |
| 1881 | abril | 27 | : | Inicia la organización del legendario Ejército del Centro. |
| 1881 | mayo | 26 | : | Es ascendido a General de Brigada. |
| 1881 | junio | 26 | : | Batalla de Sangrar. |
| 1881 | julio | 11 | : | Organiza en Chicla el "cuadro de jefes y oficiales" del Ejército del Centro. |
| 1881 | agosto | 31 | : | Pasa revista a su Ejército en Chicla para avanzar a Lima. |
| 1881 | octubre | | : | Traslada su cuartel general de Matucana a Chosica |
| 1881 | noviembre | 24 | : | Es proclamado por una Junta de Jefes del Ejército del Centro como Jefe Supremo de la República. |
| 1881 | diciembre | 15 | : | Propone la formación de un Junta de Gobierno (integrada por representantes de todos los partidos políticos) para emprender la unificación nacional. |
| 1881 | diciembre | 31 | : | Dispone que el batallón <i>Lima N° 8</i> (integrado por jefes, oficiales y soldados que habían combatido en Tarapacá) tome el nombre de aquella memorable jornada. |
| 1882 | enero | 4 | : | El Ejército del Centro abandona Chosica, extenuado y disminuido numéricamente por la epidemia de la peste. |
| 1882 | enero | 6 | : | Estando en Casapalca (camino a Junín) lanza un manifiesto denunciando ante el país las asechanzas e intrigas de Piérola y del jefe chileno de la ocupación. |
| 1882 | enero | 24 | : | Reconoce la autoridad del Contralmirante Lizardo Montero. |
| 1882 | febrero | 5 | : | Batalla de Pucará (primera). |
| 1882 | febrero | 22 | : | Combate en Acuchimay contra las fuerzas |

- rebeldes del Coronel Arnaldo Panizo. Ingre-
sa en Ayacucho.
- 1882 febrero 26 : Reorganiza sus huestes en Ayacucho.
- 1882 junio 19 : Sale de Huancavelica con rumbo a Izcuchaca.
- 1882 junio 20 : Ocupa militarmente Izcuchaca.
- 1882 julio 9 y 10 : Batallas de Pucará (segunda), Marcavalle y Concepción.
- 1883 febrero 5 : Vence y expulsa de Canta al Coronel peruano Manuel de la Encarnación Vento, que se había sumado a las fuerzas del enemigo.
- 1883 mayo 20 : Reúne en Tarma una Junta de Guerra acordando marchar al Norte para unirse con Recavarren y batir al General Iglesias.
- 1883 mayo 21 : Emprende desde Tarma la marcha hacia el Norte del país (Ancash).
- 1883 mayo 25 : Pernocta en Cerro de Pasco.
- 1883 mayo 29 : Abandona Cerro de Pasco para dirigirse a Huancayo.
- 1883 junio 1 : Llega a Huánuco.
- 1883 junio 8 : Arriba a Aguamiro por la vía de Huariaca, Ambo, Huánuco, Mito y Chasquín.
- 1883 junio 10 : Sale de Aguamiro.
- 1883 junio 12 : Aparece en Chavín de Huántar.
- 1883 junio 14 : Atraviesa la bravía cordillera.
- 1883 junio 15 : Arriba a Huaraz, donde rechaza la insinuación de tratar la paz con uno de los jefes chilenos.
- 1883 junio 19 : Se trasladó a Carhuaz y de aquí a Yungay.
- 1883 junio 20 : En Yungay, se unió a sus tropas el destacamento del Coronel Isaac Recavarren, entre cuyos jefes estaba Leoncio Prado.
- 1883 junio 21 : Sale de Yungay.
- 1883 junio 22 : Tramonta la Cordillera Blanca (vertiente norte del Huascarán).
- 1883 junio 26 : Pasa de Acobamba a Pomabamba.
- 1883 junio 27 : Llega a Chullín, extraviándose en Palo Seco.
- 1883 junio 29 : Continúa hacia Urcón.
- 1883 junio 30 : Acampa al pie de la cordillera de Pelagatos.
- 1883 julio 2 : Llega a Conchucos.
- 1883 julio 4 : Entra a Mollepata.
- 1883 julio 5 : Llega a Tulpo.
- 1883 julio 6 : Arriba a Tres Cruces (Chiquián).
- 1883 julio 7 : Sale de Tres Ríos con dirección a Huamachuco; previamente la Junta de Guerra había diseñado el plan a seguir.
- 1883 julio 8 : Toma las cumbres del cerro Cuyurgo.

1883 julio	9	:	Cañonea a los defensores del cerro Sazón.
1883 julio	10	:	Batalla de Huamachuco.
1883 julio	16	:	Acompañado de Alcázar, Portugal, La Puente y Costa y Laurent llega a Tres Cruces.
1883 agosto	12	:	Escribe a Lizardo Montero: " <i>El desastre sufrido lejos de abatir mi espíritu, ha avivado, si cabe, el fuego de mi entusiasmo</i> ".
1884 junio	6	:	Comprendiendo lo inútil de todo esfuerzo, reconoce el tratado de Ancón como un hecho consumado.
1884 julio	16	:	Adopta el título de Presidente de la República.
1886 junio	3	:	Es electo Presidente de la República.
1886 octubre	25	:	Es ascendido a la clase de General de División.
1891 enero	9	:	Ministro Plenipotenciario en Francia e Inglaterra.
1894 agosto	10	:	Asume por segunda vez la Presidencia de la República.
1895 marzo	18	:	Es derribado por la revolución coalicionista encabezada por Piérola.
1905 diciembre	5	:	Ministro Plenipotenciario en Italia.
1911 mayo	8	:	Ministro Plenipotenciario en el Imperio Alemán.
1912 junio	11	:	Embajador Especial en el Centenario de las Cortes de Cádiz.
1915 marzo	28	:	Preside la Convención de los partidos Civil, Constitucional y Liberal.
1919 noviembre	10	:	La Asamblea Nacional le confiere por unanimidad el grado de Mariscal del Perú.
1923 octubre	10	:	Fallece en el balneario de Ancón, cercano a la capital.

Bibliografía de consulta:

ALAYZA Y PAZ SOLDAN, Luis.— *La Breña*. 3 t.

BASADRE, Jorge.— *Historia de la República del Perú*. Sexta edición, t. VIII.

CACERES, Andrés A.— *La guerra del 79: sus campañas (Memorias)*. Segunda edición.

DELLEPIANE, Carlos.— *Historia Militar del Perú*. Sexta edición, t. II.

LEGUIA, Jorge Guillermo.— *Biografía de Cáceres*.

TAURO DEL PINO, Alberto.— *Diccionario Enciclopédico del Perú*. T I

Raúl Palacios Rodríguez

UNA CARTA INEDITA DE CACERES*

Señor don Carlos de la Riva-Agüero.

Muy distinguido y estimado amigo:

Con el señor García, su socio, tuve el gusto de escribirle a usted y a los otros amigos hacendados de ese valle, manifestándoles la situación y condiciones del Ejército del Centro y sus loables propósitos, que no son otros que la salvación del honor e integridad del Perú.

En esa misma época encargué al señor don Vicente Silva se hiciera cargo de los fondos provenientes de las cuotas con que los hacendados quisieran contribuir al sostenimiento del Ejército de mis órdenes, pero últimamente he recibido la contestación de dicho señor Silva, y según ella veo los inconvenientes que expone para el ejercicio de ese cargo.

Confiado pues en nuestra antigua amistad y en los muy buenos deseos que le animan de contribuir de todas maneras en bien del país, tengo a bien encomendarle se haga cargo de la recaudación de las cantidades con que los hacendados de ese valle deben contribuir para las atenciones del ejército encargado de la defensa nacional.

Me han impuesto que la relación que remití señalando cantidades fijas a los distintos propietarios, no es equitativa ni está conforme a las rentas que esos fundos producen.

Por esta causa dejo al arbitrio de usted, puesto que tiene razón y motivos de conocer los rendimientos de las haciendas, para que les asigne las cantidades con que deben contribuir.

Con esos fondos se servirá usted atender de preferencia a los gastos que ocasione la organización de la columna que debe formarse en los valles de Lurín y Pachacamac, cuyo jefe, el sargento mayor Cháva-

* Archivo Histórico Riva-Agüero (Lima). Transcripción de Ada Arrieta Alvarez.

rri, solicitará de usted cuanto necesite para dicha organización y algunos gastos que demanden comisiones secretas del servicio.

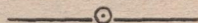
Los fondos quedarán en poder de usted o de la persona a quien tenga a bien encomendarlos, a fin de que esta jefatura pueda disponer en cuanto las circunstancias lo requieran.

Agradeciéndole a usted anticipadamente por la aceptación que hará usted del cargo con que lo molesto, tengo el gusto de reiterarme como su más obsecuente amigo.

Seguro servidor,

A. Cáceres

Tarma, octubre 3 de 1882.



Pocas veces se ha visto cómo el honor nacional y la dignidad in-
conmovible tomaban forma corpórea en un nombre. Pocas veces tam-
bién en el Perú, en un país con tantos contrastes ostensibles entre
la capital y lo de fuera, entre la costa y las cumbres andinas, entre el
juego de sangres que se entrecruzan o se oponen, hubo alguien que
pudiera aglutinarlos. Hablando en quechua o castellano, Cáceres supo
arengar y convencer; y a su llamado se integraron en el pensamiento,
el sentimiento y las urgencias del Perú. Junto a la adhesión de los
mayores tuvo así, al mismo tiempo, la cooperación de los humildes:
hombres que cargaban municiones, abrían trochas, entregaban cosechas;
mujeres que hilaban vendas, tejían chullos, preparaban comidas.

AURELIO MIRO QUESADA S.

(Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú,
Reflexiones sobre la Resistencia de la Breña, Lima, 1982).



Don Andrés Avelino Cáceres, militar serrano que encabezó la resistencia, consideraba como salvadora la activa participación de todos los pobladores de la sierra peruana. Es evidente que dirigió estas acciones empleando todas sus fuerzas, desde su conocimiento íntimo de las gentes de la región y su decidida y esforzada intervención heroica. No está nunca perdido el pueblo que resiste hasta el final, cualquiera que sea el sacrificio. El joven peruano debe comprender y admirar a los hombres de La Breña, que supieron luchar hasta el último momento de su vida en defensa del Perú.

LUIS E. VALCARCEL (1891-1987)

(Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú, *Reflexiones sobre la Resistencia de la Breña*, Lima, 1982).

INSTITUTO RIVA AGUERO
BIBLIOTECA

Publicación N° 118

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

INSTITUTO RIVA-AGUERO

Servicio de Cooperación con el Magisterio:

Percy Cayo Córdova, Margarita Guerra Martinière, César Gutiérrez Muñoz, Armando Nieto Vélez S.J., Raúl Palacios Rodríguez, Hugo Pereyra Plasencia, José Agustín de la Puente Candamo y Pedro Rodríguez Crespo.

Camaná 459 - Lima, 1 Apartado 1761 - Lima, 100